

Entrevista

Chantal Maillard

P*aradigma* inaugura apartado de entrevistas, y lo hace con una mujer de especial responsabilidad con la palabra, consciente de la no inocuidad y tangibilidad de todo aquello que se nombra o escribe. Chantal Maillard ha demostrado —y demuestra— con cada nuevo título o palabra o verso que es una mujer valiente, que ofrece mucho más que un poema o pensamiento en cada nuevo libro; Maillard ha dedicado buena parte de su corpus a la reflexión en torno al Otro, la urgencia de la parálisis de la barbarie —sea ésta de la naturaleza que sea—, la necesidad de un silencio desde el que construir y no derribar, la ética del diálogo, y la firme creencia en el respeto y sus múltiples circunstancias. Un nombre, el de Chantal Maillard, que muchos asocian a una de las palabras más bellas, y posible, poesía.

Paradigma. *¿Qué implica para usted el hecho poético?*

Chantal Maillard. Un poema es un acontecimiento. Es algo que acontece en un instante, para alguien. Una sonrisa que llega inesperadamente, un gesto que atraviesa el espacio, el brillo de una hoja al volverse del revés... El poema es algo que está a punto de decirse y al decirse está a punto de perderse. La poesía viene después, es la obra del sastre: el velo con el que aquello se cubre, se re-vela.

P. *La sensibilidad es un concepto primordial dentro de la creación poética. ¿Cree que es un concepto denostado en la poesía actual?*

C. M. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de “sensibilidad”? ¿No es éste acaso un término gastado? Las palabras, ya se sabe, pierden significado con el uso. Si tener sensibilidad significa que tenemos sensores y que reaccionamos ante los impulsos, no hace falta ser poeta para eso; todos los seres vivos son sensibles. Sin embargo, decimos que para ser poeta hay que tener sensibilidad. ¿De qué se trata, pues? ¿Que tenemos más afiladas las antenas? Desde mi punto de vista, no es la sensibilidad lo que nos capacita para el poema, sino la atención. Todos tenemos sensibilidad, pero cada cual es capaz de mayor o menor atención. Puede uno entrenarse en la atención. Esto, para mí, forma parte del aprendizaje del poeta. La atención es una disposición y, por tanto, previamente, un vaciamiento. Hay que aprender a adelgazarse, como decía Bashô.

P. *Entre tanto ruido e inmediatez, ¿qué lugar le queda al poeta?*

C. M. La distancia entre el filo de la acera y el asfalto, por ejemplo. O el gesto mágico de una niña que levanta el pie para dar un salto, o el tacto áspero de la lengua de un gato en la piel. Roces. Extrañezas. El poema es un fragmento que se extrae del caos y se da a ver. También el ruido contiene silencio.

P. *Usted, en Adiós a la India (CEDMA, 2009), dedica parte de su reflexión a la fascinación que ejercen las ciudades indias sobre los europeos, sobre el viaje eterno y la posibilidad de encontrar nuestro origen. ¿Qué le ha concedido la India? ¿Y qué ha dejado allí?*

C. M. He padecido la fascinación por la India que tantos europeos han sufrido a lo largo de la Historia, es cierto. Fui allí en busca de los orígenes de una filosofía que nuestros manuales iniciaba con los presocráticos. Me preguntaba cuáles eran sus fuentes. Y descubrí un universo de pensamiento que abarca mucho más de lo que podía haber imaginado desde los pobres cauces del pensamiento cristiano, que es, al fin y al cabo, lo que ha venido siendo lo que en Occidente llamamos Filosofía.

También hallé un tiempo y una sonoridad especiales, los de una vida ancestral, humilde, hecha de rituales distintos a los nuestros. Supe de la sonrisa que destella en blancura sobre el polvo de lo que nosotros llamamos miseria. Lamentablemente, también pude ver cómo penetraba, en aquellos territorios que yo creía inmunes, el gusano del deseo, para pudrirlo todo. Esto me avergüenza enormemente, por la parte que me toca en la cultura que lo ha exportado.

¿Qué dejé allí? La ropa que me había llevado, los botes vacíos, todo lo que pesaba en la mochila. Nada de valor. Me vine con mucho y no dejé nada. ¿Qué tenía yo que hiciese falta allí? No creo que tengamos nada que enseñar, nada que dar. Muchos occidentales entienden que hay que ir allí a arreglarles el mundo, pero la verdad es que son ellos los que nos enseñan. O al menos aún era así entonces, cuando aún había diferencia.

Un amigo indio una vez me dijo que su meta en la vida era pasar sin ser visto, no dejar rastro. Creo que son palabras sabias.

P. Buena parte de su pensamiento destaca por la enorme sensibilidad hacia el Otro, ¿qué falla en la actualidad para que el desencuentro con el Otro sea permanente?

C. M. Hemos creído (Europa siempre ha sido crédula, al fin y al cabo) firmemente en el individuo. La individualidad era un valor en sí que se debía cultivar. Había que ser “diferente”. No nos dábamos cuenta de que tales ideas formaban parte del programa que se había iniciado con la industrialización. Hacía falta, primero, que en vez de grupos hubiese individuos y, luego, que éstos tuviesen por meta distinguirse unos de otros. De esta manera el consumo estaba asegurado. La sociedad de mercado es el Estado de la diferencia.

P. Europa viaja a la deriva, rendida al capitalismo y su ética del consumo. ¿Dónde se ha quedado el sueño que fue?

C. M. Imagino que en los monstruos que su razón creaba mientras dormía.

P. Usted es una firme defensora de la memoria de los pueblos, ¿por qué el sistema imperante se empeña en aniquilar todo rastro de memoria?

C. M. No la aniquila exactamente, más bien se la apropia y la reconvierte en objeto de consumo, como todo lo demás. Leer acerca de la antigüedad, convertirla en película, en mitologías, en disfraces, todo ello es productivo. La memoria, la verdadera memoria, simplemente se pierde.

P. Jean Ziegler, en El odio a occidente, también reflexiona sobre la memoria de los pueblos -que él denomina culturas olvidadas- en el actual escenario geopolítico. Para Ziegler el futuro de la humanidad pasa irremediabilmente por estas culturas, ¿comparte este juicio?

C. M. Es un futuro en el que me gustaría creer, siempre y cuando la economía de esos pueblos no hubiese sido pervertida ya por nuestro sistema. Porque es difícil mantenerse al margen. Miremos la India, es un ejemplo claro. Un país con una cultura tradicional impresionante, que se ha transformado en una de las grandes potencias del mundo (lo cual no supone una distribución igualitaria de la riqueza). Algunas personas quisieran proteger su tradición, pero las nuevas generaciones ya la recibe tergiversada y trivializada por los media. ¿Quién nos dice que no pasará lo mismo, en breve, con las culturas del Sur? ¿Se mantendrán al margen?

P. En La tierra prometida (milrazones, 2009), ofrece al lector algo que va más allá de la mera lectura; le ofrece la posibilidad de participar, formar parte del ritmo y del alma de ese proyecto. Ahora que ha transcurrido el tiempo desde su publicación, ¿qué sensación le ha dejado este libro?

C. M. Me parece que ha cumplido su cometido, el de ser una nota, un sonido que el aire transporta, una resonancia. Mi intención era hacer algo por los animales (y seres humanos) en peligro de extinción. Y como en estos casos tan evidentes de despreocupación general no sirve la elocuencia, pensé que lo mejor que podía hacer era escribir algunos de los nombres de las especies a las que pertenecen sobre un fondo neutro, adverbial, caótico: “tal vez”, “aún”, “apenas” “nunca”, etc., a modo de memorial, de estela funeraria sonora, e invitar a todos a que añadiesen los nombres que faltan o aquellos que aparezcan, nuevos. Son ya muchos miles. Ahora, las abejas se están extinguiendo a causa de los pesticidas; me pregunto con terror qué nombre será el siguiente.

Y cada nombre es sólo el de una especie; ¿cuántos individuos hay en una especie?

P. Siguiendo con La tierra prometida, en este proyecto el concepto de participación es primordial tal como lo es para la cultura india. ¿Por qué nos hemos alejado de este concepto?

C. M. Supongo que de nuevo tenemos que señalar el individualismo. La participación requiere la conciencia del organismo que somos entre todos y con todo, algo que quienes viven cercanos a la naturaleza no pueden olvidar. Pero el racionalismo es un producto de las ciudades, y allí nacieron sus ideas. El individualismo creció al tiempo que el asfalto y las celdillas de los edificios.

P. La crisis de valores que azota al individuo nos conduce a una falta de empatía, criterio y crítica que nos sume en un estado de narcosis de difícil salida y fácil manipulación. ¿Cómo hemos llegado a este punto?

C. M. Como he dicho muchas veces, no creo que haya una falta de valores, sino que en los valores estamos, siempre; sean cuales sean, con ellos vivimos. Preguntarnos por los valores en qué vivimos es preguntarnos por las vías con que los poderes fácticos acceden a nuestras vidas. El lema de la globalización: uniformiza y vencerás, conlleva la propagación a todos los ámbitos de una categoría estética y moral, la del kitsch. La trivialización es una estrategia de mercado: se trivializan valores tradicionales para convertirlos en valores de mercado. Para evitarlo, un nuevo diseño de sociedad parece imprescindible.